

Clases sociales necesarias y superfluas

Federico Engels

1-2 de agosto de 1881

(Tomado de F. Engels, *El sistema de trabajo asalariado. Artículos de The Labour Standard (1881)*, Editorial Progreso, Moscú, 1976, páginas 51-55. El *The Labour Standard* (La Bandera del Trabajo) fue un periódico semanal tradeunionista inglés que apareció en Londres de 1881 a 1885 bajo la dirección de J. Shipton, F. Engels colaboró en él de mayo a agosto de 1881 y sus artículos se publicaron regularmente casi todas las semanas, sin firmar, como artículos de fondo, pero Engels tuvo que interrumpir su colaboración debido a la tendencia oportunista general que siguió el semanario. El artículo aquí reproducido fue escrito por F. Engels los días 1 y 2 de agosto de 1881 y publicado en el número 14 del semanario, 6 de agosto de 1881, como editorial.)

A menudo se plantea la pregunta del grado en que las diferentes clases sociales son útiles o incluso necesarias. Y la respuesta es, naturalmente, distinta para las distintas épocas históricas. Hubo sin duda un tiempo en que la aristocracia agraria era un elemento inevitable y necesario de la sociedad. Esto ocurrió, sin embargo, hace mucho. Luego hubo un tiempo en que la clase media capitalista, la *bourgeoisie* como la llaman los franceses, surgida con la misma necesidad inevitable, entró en lucha contra la aristocracia agraria, derrocó su poder político y se hizo, a su vez, con el predominio económico y político. Pero jamás, desde el punto y hora en que aparecieron las clases, ha habido un tiempo en que la sociedad pudiera prescindir de la clase obrera. El nombre y la situación social de esta clase cambiaron; el siervo ocupó el puesto del esclavo y, a su vez, dejó paso al obrero libre; libre de la servidumbre, pero libre también en el sentido de que no poseía nada en absoluto más que su propia fuerza de trabajo. Mas para todos está claro: cualesquiera que sean los cambios que se produzcan en las capas altas, no productivas, de la sociedad, la sociedad no puede subsistir sin una clase de productores. Por consiguiente, esta clase es necesaria en todas circunstancias, aunque debe venir un tiempo en que dejará de ser clase, en que comprenderá a la sociedad entera.

Así, pues, ¿en qué medida es necesaria hoy día la existencia de cada una de estas tres clases?

La aristocracia agraria de Inglaterra es, por lo menos, inútil económicamente, mientras que en Irlanda y Escocia es positivamente perjudicial por sus tendencias de despoblación. Obligar a la gente a cruzar el océano o a morir de hambre y reemplazarla por ovejas o por animales de caza: ésos son todos los méritos de que pueden jactarse los *landlords* irlandeses y escoceses. Y en cuanto aumente otro poco la competencia de los productos vegetales y animales norteamericanos, de manera exactamente igual procederán los aristócratas agrarios ingleses, al menos los que se encuentren en condiciones de hacerlo, por poseer en las ciudades importantes bienes inmuebles a la ayuda de los cuales puedan recurrir. De los demás, pronto nos librerá la competencia de los artículos de consumo norteamericanos. Y estará bien que así sea, porque su actuación política, lo mismo en la Cámara de los Lores que en la de los Comunes, es una verdadera calamidad nacional.

Pero ¿qué va a ser de la clase capitalista, de la clase culta y liberal que fundó el imperio colonial británico y estableció la libertad británica? ¿De la clase que reformó el

parlamento en 1831¹, que abolió las leyes del trigo y ha ido rebajando los aranceles uno tras otro? ¿De la clase que creó en Inglaterra fábricas gigantes y continúa dirigiéndolas, que creó una enorme marina mercante y una red de ferrocarriles en constante aumento? Seguramente, esta clase debe ser, por lo menos, tan necesaria como la clase obrera, a la que dirige y lleva de progreso en progreso.

La función económica de la clase capitalista era, en efecto, la de crear el moderno sistema de fábricas movidas por el vapor y comunicaciones a base del vapor, y de destruir todos los obstáculos económicos y políticos que retrasaban o frenaban el desarrollo de este sistema. No hay duda que mientras la clase capitalista iba cumpliendo esta función, era, atendidas las condiciones de entonces, una clase necesaria. Pero ¿ocurre hoy así? ¿Continúa cumpliendo su importante función de dirigir y ampliar la producción social en beneficio de la sociedad en su conjunto? Veámoslo.

Empezaremos por los medios de comunicación. El telégrafo se encuentra en manos del gobierno. Los ferrocarriles y una gran parte de los barcos marítimos no pertenecen a capitalistas individuales, que administren por sí mismos sus negocios, sino a compañías anónimas, cuyos asuntos manejan *empleados a sueldo*, servidores cuya situación, en el fondo es la misma que la de la capa superior y mejor pagada de los obreros. Por lo que se refiere a los directores y accionistas, unos y otros saben que cuanto menos se inmiscuyan los primeros en la gestión y los últimos en la supervisión, tanto mejor será para la empresa. Una supervisión débil, y en la mayoría de los casos descuidada, es la única función que, en realidad, queda a los dueños de empresas. Por tanto, vemos que, de hecho, los capitalistas propietarios de esas enormes empresas no hacen otra cosa más que percibir cada semestre los dividendos. La función social de los capitalistas ha pasado en este caso a los empleados, que perciben un sueldo, mientras que el capitalista se sigue embolsando, en forma de dividendos, la remuneración por el ejercicio de estas funciones, aunque haya dejado de cumplirlas.

Pero si las enormes proporciones de las empresas a que nos referimos han obligado al, capitalista a “retirarse” de la dirección de las mismas, aún le queda otra función, la de especular con sus acciones en la bolsa. A falta de una ocupación mejor, nuestros capitalistas “retirados” o, en realidad, desplazados, se entregan a sus anchas al juego bursátil en este templo de Mammón. Se dirigen a él con la deliberada intención de embolsarse dinero, haciendo ver que lo ganan, aunque dicen que el origen de toda propiedad es el trabajo y el ahorro; puede que sea el origen, pero, ciertamente, no es el fin. ¡Qué hipocresía, cerrar por la fuerza las pequeñas casas de juego, cuando nuestra sociedad capitalista no puede prescindir, en calidad de verdadero centro, de una inmensa casa de juego en la que se pierden y se ganan millones y millones! En este caso, claro, la existencia del accionista “retirado” o capitalista no es sólo superflua, sino también completamente nociva.

Lo que es cierto para los ferrocarriles y para la navegación, lo es cada día más y más para todas las grandes empresas industriales y comerciales. “Seguir la corriente” (transformar las grandes empresas privadas en compañías anónimas) es la consigna del día en el último decenio, y aun antes. De los grandes almacenes de artículos de Manchester en la City a las fábricas de hierro y las minas de carbón de Gales y del Norte de Inglaterra y a las fábricas de Lancashire, todo ha seguido o sigue la corriente. En todo Oldham apenas si habrá una fábrica de tejidos de algodón que siga siendo de particulares;

¹ Se trata de la reforma del derecho electoral, aprobada por la Cámara de los Comunes inglesa en 1831 y sancionada definitivamente por la Cámara de los Lores en junio de 1832. La reforma estuvo encaminada contra el monopolio político de la aristocracia terrateniente y financiera y dio acceso al parlamento a los representantes de la burguesía industrial. El proletariado y la pequeña burguesía, fuerza principal en la lucha por la reforma, fueron engañados por la burguesía liberal y no obtuvieron derechos electorales.

incluso los comerciantes al por menor van siendo más y más desplazados por las “tiendas cooperativas”, la mayoría de las cuales sólo tienen de cooperativa el nombre, aunque de esto hablaremos en otra ocasión. Por tanto, vemos que, a consecuencia del desarrollo del propio sistema de producción capitalista, el capitalista es desplazado lo mismo que el tejedor que trabaja en un telar a mano, con la diferencia, sin embargo, de que éste se halla condenado a una muerte lenta por hambre, mientras que al capitalista desplazado le amenaza la muerte lenta por glotonería. Pero la situación de uno y otro coincide en el sentido de que ninguno de ellos sabe a qué dedicarse.

El resultado, por consiguiente, es éste. El desarrollo económico de nuestra sociedad actual conduce cada vez más a la concentración, a la socialización de la producción en empresas enormes que ya no pueden dirigir capitalistas aislados. Todas las estupideces acerca del “ojo del amo” y de los milagros que hace, se convierten en un claro absurdo en cuanto la empresa alcanza ciertas proporciones. ¡Imaginos el “ojo del amo” en los ferrocarriles de Londres y del Noroeste! Pero lo que el dueño no puede hacer, lo pueden hacer, y lo hacen con éxito, los obreros, los empleados a sueldo de la compañía.

Así, pues, el capitalista ya no puede reclamar su ganancia como “sueldo de la supervisión”, puesto que no ejerce supervisión alguna. Hay que recordarlo así cuando los defensores del capital echan al vuelo las campanas repitiendo esta frase vacía.

Pero en nuestro artículo de la semana pasada² tratábamos de demostrar que la clase capitalista es incapaz también de manejar el enorme sistema de producción de nuestro país: que los capitalistas, por una parte, han ampliado tanto la producción que periódicamente inundan de artículos todos los mercados, mientras que, por otra parte, cada vez son más incapaces de resistir la competencia extranjera. Así, llegamos a la conclusión de que no sólo podemos arreglárnoslas perfectamente en las grandes ramas de la industria del país sin intervención de la clase capitalista, sino también de que su intervención es cada día más perjudicial.

De nuevo les decimos: “¡Apártense! Dejen que la clase obrera les sustituya”.

Edicions Internacionals Sedov
Serie Marx y Engels, algunos materiales

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es

² Ver en esta misma serie *Algodón y hierro*.